

Ácido

Siempre he deseado convertirme en escritora y a partir de mi primera revelación hice mucho para conseguirlo. El llamado fue en domingo mientras caminaba por el bosque con mi gata Polvorilla. Me encontraba sola y aproveché para meterme un ácido. El viento silbaba una melodía mezcla de sonidos de animales con aparatos de la vida cotidiana. Una ardilla saltó sobre mi cabeza y me propinó un golpe que me aturdió.

El aire se tornó pesado. Un zumbido de moscas lo invadió todo. Los insectos crecieron hasta llegar a ser gigantes. Polvorilla parecía un león grisáceo. Cascadas de luz brotaban de mis pies y se unían a la fluorescencia del camino. Una voz de mujer me dijo, al tiempo que mi piel se erizó y Polvorilla le gruñó altiva a una lagartija enorme:

—Todo girará en torno a tu obra maestra. ¿Lo ves?

Encontré a mis pies un pequeño cuaderno rojo. Los zumbidos de moscas se intensificaron. Caí desmayada. Desperté horas después en mi habitación con la libreta en mis brazos. Mi padre me cuidaba amoroso mientras leía un poco.

Con la aparición del cuaderno rojo me vino una extraña condición: sólo era capaz de escribir el principio de las historias. Después mis dedos no querían moverse. Había ocasiones en que sólo anotaba frases sin sentido que no me hacían llegar a ningún lado. Las oraciones me las dictaba aquella que me visitó en el bosque. “El tiempo terminará”, garabateaba poseída.

Decidí forzar a la voz para que me dictara una historia. Encendí un cigarrillo de marihuana. Estaba segura de que había un gran relato para el que yo estaba predestinada. De niña me obsesioné con una película en la que una joven, más bien retraída, tenía un ojo en la mano cuyo párpado blanquísimo subía y bajaba coquetamente. Entonces comencé por pintar ojos en los dibujos que hacía de niña y terminé por tatuarme uno en la mano con el párpado a medio ojo.

Tenía que alimentar esa voz. Sonó el teléfono: un largo chillido atravesó la estancia. Desperté de mis ensoñaciones. Me levanté del sofá en el que me encontraba tirada. Mis movimientos eran lentos, así que tomé el auricular después de varios timbrazos.

—Quien esté afuera de tu casa quiere hacerte daño. Tienes que eliminarlo —dijo la voz.

Corrí la cortina para ver quién estaba en la calle. A escasos diez metros de la puerta había un hombre de espaldas. El sujeto llevaba una playera amarilla con dos ojos rasgados flotando de los Pixies, un sombrero diminuto tipo panamá y un pantalón de mezclilla deshilachado. Una nube de humo enmarcaba su cabeza.

—¿Qué pretendes? —Grité por el auricular que entonces ya tenía el sonido intermitente.

El efecto de la marihuana se había intensificado. Salí como sonámbula para enfrentarme al tipo del panamá. Pero al